
BIBΛΙΟΚΡΙΣΙΕΣ
RESEÑAS

ALÉXANDROS MASSAVETIS:

ΚΩΝΣΤΑΝΤΙΝΟΥΠΟΛΗ Η ΠΟΛΗ ΤΩΝ ΑΠΟΝΤΩΝ

CONSTANTINOPLA LA POLIS DE LOS AUSENTES. FOTOGRAFÍAS A. MASSAVETIS, DIBUJO DE MAPAS OLGA ALEXOPULU. TERCERA EDICIÓN. EDICIONES PATAKI, ATENAS 2011, 668 PP., 98 FOTOGRAFÍAS, 14 MAPAS (5 imágenes en la tapa y la contratapa), 17 x 22 cm.

No resulta fácil reseñar un libro como éste. No por sus casi 700 apretadas páginas, que se leen con verdadero fervor, ni por la extensión y complejidad de las materias que trata, sino por lo que podríamos llamar “dolorosa fascinación” que produce su lectura a quien ama la cultura griega, no sólo la antigua, sino también la medieval y la moderna; a quien ama la Ciudad, la Polis, Constantinopla – Estambul, la que fuera llamada con razón “Ciudad Reina” y “Reina de las Ciudades”; a quien piensa que sólo la tolerancia, el pluralismo, la convivencia de culturas, puede asegurar un mundo mejor al ser humano.

La génesis de este libro peculiar es igualmente peculiar. Su autor es un griego joven, no de los poquísimos que quedan en una ciudad en que los griegos vivieron por siglos y en que floreció una comunidad que a comienzos del siglo XX se acercaba al medio millón de personas. Es un griego, un periodista de Grecia, un “heladitis”, quien, a pesar de conocer el calvario que desde los comienzos de la década de 1920 han sufrido los griegos de la Polis, decidió hace ocho años instalarse en ella, en la Estambul de hoy. Lo hizo, sabiendo que las minorías no musulmanas –griega, armenia, levantina, rusa, hebrea– se encuentran en vías de extinción o dramáticamente disminuidas y en camino a la desaparición de sus identidades culturales. Lo hizo precisamente para buscar los vestigios de lo que fueron esas comunidades, y más ampliamente lo que antes fue la Romanía, el llamado Imperio Bizantino por los occidentales; lo hizo para registrar esos vestigios y salvarlos para la memoria histórica. Se sumergió en ese abigarrado y bullente mundo urbano de quince o más millones de habitantes; caminando, escalando las colinas de la Constantinopla bizantina; recorriendo los espacios en que por siglos vivieron cristianos y hebreos y en los que convivieron con los otomanos musulmanes; recordando, interrogando, fotografiando; contemplando los lugares, meditando en ellos y acerca de ellos; mirando casas, edificios y templos que decenas y decenas de miles de hombres debieron forzosamente abandonar un día aciago; deambulando por cementerios a los cuales sólo muy de tarde en tarde llega algún solitario y melancólico

visitante; comprobando cómo en los grandes barrios otrora florecientes de las minorías, ha habido un cambio radical de población, luego de un proceso lento pero inexorable de limpieza étnica.

Hemos utilizado la presión “dolorosa fascinación”. Estambul tal como es hoy es fascinante. Pero más fascinante es si se la mira y se la piensa tal como era hace menos de cien años; tal como era en los siglos otomanos; y cómo fue en los once siglos durante los cuales era la capital de la Romanía. Sus tres sucesivos nombres: Bizancio, en sus casi mil años antiguos; Constantinopla durante el milenio bizantino; Konstantiniye, en casi medio milenio como capital del Imperio Otomano [Estambul, sólo desde la década de 1920] aluden a etapas de una historia única, una historia extraordinaria; una historia de múltiples pueblos, lenguas y culturas, en la que la presencia griega –cultura, lengua, espíritu– fue fundamental. Es imposible no mirar a la Estambul de hoy con los ojos de la historia y con los ojos de la poesía.

El autor hace un recorrido por los lugares bizantinos a través principalmente de los restos monumentales y de los templos, convertidos en mezquitas y no pocos desaparecidos, pero también de las calles, las callejuelas, los edificios, las casas, los mil rincones. Lo hace siempre con la necesaria documentación histórica –alguna muy reciente–, pero no con el mero afán de entregar descripciones que pueden hallarse en guías turísticas ni repetir lo que está en bibliografía bizantinológica, sino para captar y registrar los ecos y vestigios de lo que en esos lugares se vivió y se vive.

La obra de Aléxandros Massavetas distribuye su fluir en cuatro secciones, a las que se añaden una nota introductoria, “La Ciudad de los Ausentes”; una anotación explicativa acerca del proceso de edición; una muy amplia expresión de agradecimientos; la bibliografía, y un índice de personas y lugares. Los “Agradecimientos” parecen reflejar, en cierta manera, la diversidad humana de lo que hasta no hace tanto fue la “cosmópolis” de Estambul (término del autor). Y, en realidad, Massavetas agradece a muy numerosas personas. Leemos nombres turcos, griegos, armenios, levantinos, hebreos, ingleses, alemanes, polacos; personas que viven en distintos lugares: Estambul, Atenas, Tesalónica, Esmirna, Varsovia, Tel Aviv, Múnich, Londres.

Los títulos de las cuatro secciones son los siguientes: I) La Ciudad-de-las-Siete-Colinas, la península histórica amurallada; II) Perea: el “Peran” de los bizantinos, la “Ciudad Nueva” de los otomanos; III) El mosaico: los no musulmanes, entonces y ahora; IV) Asia y la periferia.

La sección inicial comienza, como era de esperar, por el capítulo dedicado a “En la primera colina: símbolos y recuerdos de la Romanía”. En sus páginas, revivimos lo que fue ese extremo del gran triángulo, donde se mezclan las aguas del Mar de Mármara (la Propóntide), del comienzo del Bósforo y de la “desembocadura” del Cuerno de Oro. Allí estuvo la ciudad antigua de Bizancio y ese fue el núcleo de la Ciudad de Constantino, la Nueva Roma. De la “multitud” de palacios, iglesias, “edificios institucionales”, nada queda, sino Santa Sofía, Santa Irene, unas pocas ruinas abandonadas del Palacio de Justiniano (el Bucoleon), el único del que se conservaba parte considerable hasta la construcción del ferrocarril costero del Mármara; y unos cuántos mosaicos del Gran Palacio, en el Museo del Mosaico, cerca de Santa Sofía. Del Hipódromo, que en cierto modo limitaba el vasto conjunto, quedan dos obeliscos (uno despojado por los Cruzados en 1204) y parte de la Columna de las Serpientes. Cuando está uno frente a Santa Sofía, recuerda que pisa el lugar del primer “foro” de Constantinopla, al Augusteo o Foro de Justiniano, e imagina la primera de las altas columnas de la Polis, que caracterizaban la ciudad tanto como sus cúpulas.

Un capítulo nos conduce al sector de Kúmkapi, a orillas del Mármara, otrora floreciente barrio armenio y griego. Después de pasar por el primer templo construido por Justiniano (hermosísimo a pesar de los siglos y los cambios), San Sergio y San Baco, recordamos con el autor las magníficas iglesias neogriegas de Santa Dominga y La Virgen Esperanza (que pudimos conocer el 2011); así como el edificio del Patriarcado Armenio. La arquitectura en no pocas calles es la misma de la época de esplendor de fines del siglo XIX y comienzos del XX, pero su población actual es de origen muy distinto.

En el sector de Emínönü (en la segunda colina y parte de la tercera), tan concurrido por los turistas por encontrarse allí el Gran Bazar, en el punto más alto de la segunda, está la Columna de Constantino (la Cemberlitas, la “Columna Quemada” de los turcos). Allí uno evoca la gloria de ese vasto e imponente lugar que era el Foro de Constantino. También quien rastrea las huellas de la diversidad cultural de la ciudad, admira los no pocos “janes” (hanes) turcos, lugares de hospedaje y luego sedes de talleres, que muestran cómo la arquitectura otomana está claramente enlazada con la arquitectura bizantina; es su sucesora.

El valle que separa la tercera de la cuarta colina es muy perceptible, pues lo atraviesa el Acueducto de Valente, en gran parte bien conservado. Por entre sus

arcos pasa la amplia avenida Kemal Atatürk. Todo este vasto sector lo seguimos con el autor (y lo hemos seguido en la realidad, con mucha emoción), pues hay en él no pocos templos bizantinos, hechos mezquitas luego de la conquista; varios bien deteriorados, perdidos y poco visibles entre tantas construcciones a veces casi apegadas a los venerables muros. El *catolicón* (iglesia principal) del Monasterio de Mirileon, Bodrum Camii (que hemos podido ver por dentro); más arriba, el *catolicón* del Monasterio de Cristo Acatáleptos, Kalenderhane Camii (que no hemos podido ver), la iglesia de los Santos Teodoros (San Procopio según algunos), Vefa Kilise o Molla Gürani Camii (que sólo hemos podido ver por fuera); la Fuente Sagrada de la Virgen (Ayíasma), santuario neogriego de raíces bizantinas (una de los varios cientos de fuentes sagradas que se contaban a comienzos del siglo XX); al otro lado del “valle”, el grandioso conjunto de los templos del Pantokrator, Zeirek Camii, tres iglesias juntas (de las cuales pudimos ver la del lado norte), hoy en proceso de restauración. Más arriba en la cuarta colina, el *catolicón* del Monasterio del Salvador Pandepoptes, Eski Imaret Camii.

En este sector, en la cuarta colina, estaba la iglesia de los Santos Apóstoles, la mayor de Constantinopla después de Santa Sofía. En ella estaban enterrados no pocos emperadores Paleólogos. Fue demolido completamente por el Conquistador para edificar la mezquita que sería su tumba: Fatich Camii. Acaso quiso borrar la memoria de aquellos cuyos restos desaparecieron así. O quizás con esa muestra de su poder, enlazaba el comienzo del dominio musulmán con el fin de la etapa cristiana de la Polis.

En la sexta y quinta colinas, no son pocos los monumentos que recuerdan la gloria de la Ciudad Reina, y los vestigios del reciente pasado griego y hebreo, barrios de Fanari (Fener) y Balat. Están las bellas ruinas abandonadas del llamado Palacio del Porfirogénito, vestigios de los cimientos del Palacio de Blaquernas; la fuente sagrada de la Virgen de Blaquernas, bizantina y neogriega, aún hoy en función en su agonía; el Patriarcado Griego y la pequeña iglesia de la Virgen Mujliótisa, el único templo bizantino en manos cristianas. Sentimientos encontrados de maravilla provoca la visita al actual Museo Kariye, el templo catolicón del Monasterio de Jora, con sus mosaicos y frescos, los únicos conservados en un gran número. Sin duda, como lo destaca el autor, “el Monasterio de Jora es, junto con Santa Sofía, es el edificio bizantino más valioso que se ha conservado. Su decoración es culminación del arte bizantino. La perfección técnica y la incomparable belleza de sus mosaicos y sus pinturas murales son una maravilla para los ojos y un bálsamo para el alma. Constituye no sólo el monumento más mágico de la Polis actual, sino

también una de las obras maestras de la herencia cultural de la humanidad”. Adjetivos semejantes habría merecido seguramente la decoración del templo de la Virgen Panmacáristos, que en 1585 maravillaba a Crusius, de no haber sido destruida o quizás cubierta por estuco hasta hoy en la actual Fethiye Camii. Una mínima, pero maravillosa muestra son los mosaicos de la pequeña capilla mortuoria, afortunadamente accesible desde hace algunos años (antes era imposible entrar al recinto y sólo por una increíble casualidad, pudimos conocerlos hace una década). Y mencionemos la Fuente Sagrada de la Virgen de Blaquernas, bizantina y neogriega; la iglesia patriarcal de San Andrés, el edificio del Patriarcado y la imponente Gran Escuela de la Nación, antes bullente de cientos de estudiantes, hoy casi vacío, edificio que podría ser símbolo de la ciudad y de la multiculturalidad, que se destaca en la cima de una colina.

Las reflexiones que despierta la lectura de esta obra se multiplican cuando se recorre las páginas de tercera sección: “El mosaico: los no musulmanes, entonces y ahora”, en las que surge la historia trágica de las minorías, del amor de los “minoritarios” por la Polis, de sus trabajos y sus días en ella y del doloroso desarraigo forzado de la mayoría de ellos.

Y la última sección nos lleva a las Islas del Príncipe, lugar de destierro de príncipes y nobles durante los siglos de la Romanía; lugar paradisíaco que, por privilegio otorgado por el Conquistador, habitaron casi sólo griegos hasta no hace tantas décadas. Las iglesias que se alzan, en su gran mayoría solitarias ya en las cuatro islas Primera, Antígona, Jalki (Heybeliada) y Prínquipo (Büyücada), son mudos testigos de lo que fue allí la vida. En Jalki, desde 1971, hace 41 años, permanecen vacíos los pupitres en las aulas de la Escuela Teológica, clausurada por las autoridades (hemos podido ver esas aulas silenciosas, aunque no la riquísima biblioteca ni la iglesia). En Prínquipo, en la cumbre más alta, sobrevive el Monasterio de San Jorge Campanero, al que todavía acuden muchísimos peregrinos, paradójicamente no cristianos en su mayoría, que piden favores del santo en dos o tres días al año (bajo la nieve hicimos la pesada ascensión para ver ese atalaya de un helenismo agonizante).

Sabemos que existe en inglés una especie de versión muy compendiada de este libro, que escribió y publicó Aléxandros Massavetas antes de la aparición del que comentamos. Pero cuán importante sería que este volumen griego se conociera en otras lenguas, que se conociera en español.

MIGUEL CASTILLO DIDIER

AQUINO, SILVIA (Compiladora): Lecciones helenísticas. Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México 2007, 300 pp., 21 x 13,5 cm.

Silvia Aquino, distinguida docente de la Universidad Nacional Autónoma de México, ha organizado el contenido de este volumen, con miras a que fuera destinado, fundamentalmente, a los alumnos de Literatura Griega III, de la carrera de Letras Clásicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Pero, además de cumplir los objetivos que se propuso la compiladora, este libro viene a ser un valioso auxiliar para quienes, en otras latitudes de Latinoamérica y en otros territorios universitarios, se interesan por la época helenística, aquella etapa, tradicionalmente un tanto descuidada en el estudio de la Antigüedad Griega, pese a que se trata de siglos fecundos en muchos sentidos, durante los cuales el genio griego entregó nuevos y notables aportes a la cultura universal.

Silvia Aquino recopiló estudios y artículos escritos entre los años cincuenta y ochenta del pasado siglo, escritos por diversos filólogos y que tratan temas de historia, filología y literatura helenísticas, desde fines del siglo IV en Atenas hasta la primera etapa del siglo III en Alejandría. Varios de los textos incluidos han llegado a tener, como lo señala Aquino, el carácter de “clásicos” en su materia. Los autores de quienes se incluyen textos son: Antonio Tovar, Rudolf Pfeiffer, Gaetano Righi, Manuel Fernández-Galiano, Luis Gil Fernández, Bruno Snell y Silvia Aquino.

Consideramos importante reproducir las palabras de la compiladora (y autora de uno de los textos) acerca de las finalidades que se propuso con su trabajo de compilación y presentación de estos textos:

“Ofrecer una visión histórica de una etapa que durante todo el siglo XIX permaneció ignorada y que, incluso para los inicios del siglo XX, se consideraba como un período de decadencia, ya que seguía imperando el idealismo romántico en torno al mundo clásico;

“Permitir la reflexión sobre el concepto actual de filología, voz altamente polisémica e imprescindible en las disciplinas humanística [...], con oportuna reconstrucción de la historia del vocablo y de su concepción en la época helenística;

“Brindar dos visiones diversas y complementarias sobre Menandro, considerando los veinte años de distancia entre ellas: la primera permite la comprensión del ambiente político y cultural del poeta, y la segunda pretende adentrarse en su

interior, a sabiendas de que el comediógrafo recogía los ideales específicos de su sociedad, pero, al convertirlos en una realidad teatral, dichos ideales resultaban originales y educativo [trabajos de Luis Gil y de Manuel Fernández-Galiano];

“Dar a conocer las interpretaciones de un filólogo preocupado por descubrir los elementos espirituales de la transmisión de la cultura griega a la civilización europea;

“Ofrecer una valoración de la vigencia literaria de Apolonio de Rodas, desde diversos puntos de vista: el literario y el filológico, considerando también que el poeta estaba inmerso en una sociedad donde la ciencia resultaba una gran novedad [trabajo de Luis Gil];

“Difundir algunos aspectos de la vida de Herodas y de la tradición literaria de la métrica yámbica y del género mímico empleado por el poeta en sus breves mimiambos” [trabajo de Silvia Aquino]”.

Los textos están organizados en tres secciones: a) Aspectos generales: “La decadencia de la polis griega” de A. Tovar; “El futuro de los estudios en el campo de la poesía helenística” de R. Pfeiffer; “Historia de la filología clásica” de G. Rhigi; b) La Comedia Nueva: “La Atenas de Menandro” de M. Fernández-Galiano y “Menandro, hoy” de L. Gil Fernández; c) Los grandes poetas alejandrinos: “El arte juguetero de Calímaco” de B. Snell; “Arcadia: el descubrimiento de un nuevo paisaje espiritual” de B. Snell; “La épica helenística” de L. Gil y “Herodas y su obra de Silvia Aquino.

La dificultad de acceder a estos textos por parte de los alumnos de estudios clásicos, ya sea por falta de reediciones en el caso de libros o por haberse publicado en revistas, hace que esta compilación haya sido bienvenida para profesores y estudiantes de la UNAM y que también lo sea el ejemplar obsequiado por la profesora Silvia Aquino, que se ha incorporado a la Biblioteca del Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile.

M. Castillo Didier

MIRANDA, ELINA

CALZAR EL COTURNO AMERICANO. Mito, tragedia griega y teatro cubano. Ediciones Alarcos, La Habana 2006, 226 pp., 19 x 12 cm., 27 imágenes [impreso en Bogotá].

La prestigiosa filóloga cubana Elina Miranda Cancela estudia en este volumen la realidad de la recepción de los trágicos griegos en Cuba, en el panorama de las letras latinoamericanas, contrastando esa realidad con el

pensamiento eurocentrista, bien representado en expresiones de Díaz del Corral, autor español, quien, a mediados del siglo XX, sólo imaginaba el escenario europeo como ámbito de supervivencia del mito griego y, por consiguiente, del teatro clásico, cuando afirmada que “fuera de sus fronteras [las de Europa], la Antigüedad y su mito despertará y despierta un eco apagado”. Hacia la misma época, Alejo Carpentier escribía, en cambio, en Caracas, en su columna en el diario *El Nacional*: “Veo perfectamente una Antígona situada en una isla del Caribe, o en la selva virgen, rodeada de una naturaleza paroxística, cargando con el peso de un sol implacable, dando rienda suelta a sus energías instintivas, a su concepto elemental y verdadero – maniqueísta por así decirlo – del Bien y del Mal... Tal vez se trata de una mera impresión; pero mejor veo a Creón y a Antígona en una aldea del Macizo Central de Haití, rodeados de buitres que lo son de verdad, que en la extrema civilización de la isla de Francia, de Bélgica o de Escocia...”

La profesora Miranda, luego de traer a la memoria las palabras de Jan Kott “los clásicos reviven cuando se da la colisión del teatro clásico con nuevas experiencias políticas e intelectuales”, recuerda algunos de los notables “encuentros” de obras y personajes dramáticos antiguos con realidades y enfoques contemporáneos: el *Orestes* de Jan Kott, la *Antígona* del Living Theatre, el *Dionysus in 68*, basado en *Las Bacantes* de Eurípides.

Treintitantos años después del juicio de Díaz del Corral, el teatrólogo, director y autor greco-venezolano Costas Palamides podía asegurar que los cánones y mitos trágicos griegos constituyen uno de los asuntos más frecuentados de la dramaturgia latinoamericana. Palamides comprobaba en 1989, y sigue comprobándolo Elina Miranda en 2006, que tal realidad continúa siendo desconocida en la mayoría de las historias y textos críticos europeos y norteamericanos, a lo que se agrega el escaso tratamiento en no pocos estudios sobre la literatura de nuestro continente, estudios provenientes de la propia Latinoamérica. Miranda relata: “Aunque en un comienzo hace ya más de quince años, cuando empecé a indagar en el tema, no pasaba de ser un empeño puntual y más bien relacionado con la forma de entender la llamada tradición clásica a partir del libro definitorio de Gilbert Highet, en el tiempo transcurrido desde entonces el número significativo de obras que parten de referentes clásicos en el ámbito latinoamericano y del Caribe, así como las nuevas maneras de entender la intertextualidad, hacen que el recoger en un mismo libro artículo publicados o no con anterioridad, abarcadores de las distintas formas en que autores disímiles aceptan o trasgreden, pero en todo

caso hacen propios los antiguos mitos y cánones, sirva no sólo para romper viejo prejuicios, sino también para comprender mejor los porqués que tales obras suelen suscitar”.

El título del trabajo de Elina Miranda proviene de las palabras de José María Heredia, quien, en 1827 –hace casi dos siglos– escribía a Domingo del Monte: “Voy por fin a calzarme el coturno americano”, dando expresión así de volver su mirada al Nuevo Mundo, sin romper con lo clásico.

El recorrido de la autora comienza por allá por el siglo XVIII en la obra con la que se abre la historia del teatro cubano: *El príncipe jardinero y fingido Cloridano* de Santiago Pita, de La Habana. La relación de la obra con Grecia es en cierto modo mínima: la acción se ubica en Tracia y uno de los personajes principales es una princesa de la que está enamorado un jardinero ateniense. El camino que recorre el libro termina con *Bacantes*, de Raquel Carrió y Flora Lauten, estrenada en La Habana el año 2001, al amanecer del siglo XXI.

Las secciones del libro que comentamos son las siguientes: Tragedia griega y Teatro Universitario, Clitemnestra prefiere la fruta bomba, ¿La “tragedia griega” cubana?, Un espejo para Medea, El homenaje a Esquilo de Antón Arrufat, Carpentier y “el coturno americano”, Edipo bajo un sol tropical, Medea y su palinodia, *Bacantes* y la otra mirada. El volumen termina con un Epílogo y una galería de imágenes de figuras y representaciones de obras clásicas y modernas relacionadas con mitos griegos.

Uno de los capítulos más interesantes es el dedicado a “El homenaje a Esquilo de Antón Arrufat. Después de aludir a autores como Virglio Piñera, Carlos Felip y José Triana, dramaturgos que utilizan personajes del mito o “mitologuizan” asuntos contemporáneos, la autora se centra en Anton Arrufat y su obra *Los siete contra Tebas*, publicada en 1948. Ya a partir de su título, a primera vista –reproduce el de una de las primeras tragedias de Esquilo–, el asunto podría parecer inapropiado para intentar un contrapunto dramático que pudiera interesar al público cubano, y en general al latinoamericano, de mediados del siglo XX. Según Linda Hutcheon, Arrufat ofrece su propia versión de la obra esquiliana dentro del “ethos respetuoso o diferente” que ella advierte en el amplio espectro abarcado por su concepto de parodia (en *De la ironía a lo grotesco*, Universidad Autónoma Metropolitana, México 1992). El extenso análisis de la obra que hace Elina Miranda muestra un tratamiento muy original y verdaderamente atractivo del asunto de la lucha fratricida entre los hijos de Edipo. Los resultados de ese tratamiento convence de que “valía

la pena” elegir los personajes de Etéocles y Polínice, que no tuvieron en la literatura posterior a la griega la supervivencia que han tenido figuras como Edipo, Antígona, Electra, Helena, Medea, Odiseo.

De gran interés es también el capítulo dedicado al tema de las *Bacantes*, desarrollado en torno a su utilización en la obra de Raquel Carrió y Flora Lauten, pieza que podríamos considerar “reciente” (2001).

Los distintos estudios de este libro de Elina Miranda nos muestran la vitalidad de los viejos mitos griegos, que pueden renovarse al servir de expresión a inquietudes espirituales de hombres contemporáneos en esa parte tan viva y vital de América que es el Caribe.

M. Castillo Didier

AURELIA VARGAS VALENCIA: LAS INSTITUCIONES DE JUSTINIANO EN LA NUEVA ESPAÑA. CUADERNOS DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO, MÉXICO 2011, 154 PP., 21 X 14 CM, 1 LÁMINA.

La profesora Aurelia Vargas ofrece en este volumen los resultados de su investigación acerca de la recepción mexicana, en la época colonial, de la tradición jurídica romana, vista a través del estudio de una de sus fuentes. La fuente elegida ha sido la *Instituciones del emperador Justiniano*, una de las secciones de la monumental compilación *Corpus Iuris Civilis*. Las razones de esta elección fueron, por una parte, el hecho de que las *Instituciones* conservan no poca de la más antigua legislación y jurisprudencia romanas; y, por otra parte, porque contienen, concentrados, los principios jurídicos dispersos en las otras secciones del *Corpus*.

Consideramos de gran interés este trabajo, para los historiadores del derecho en la América Hispana colonial; trabajo hecho con las herramientas que proporciona la filología, con el respaldo de lo significa el riguroso examen y estudio del texto latino.

La obra de la doctora Aurelia Vargas está integrada por dos grandes secciones o bloques: uno dedicado a la tradición europea de las *Instituciones*, base necesaria para el segundo, dedicado de la recepción de las *Instituciones* en la Nueva España, el México colonial.

En la primera sección encontramos un capítulo sobre *Justiniano y las Instituciones*; un segundo sobre la *Tradición medieval del Derecho Romano*; y un tercero dedicado a la *Recepción de las Instituciones en España*.

La segunda sección es, obviamente, la parte medular de la obra: *La tradición justiniana en Nueva España*. Muy acertadamente sus dos primeros capítulos hacen un examen de la sociedad novohispana y de las posiciones ideológicas que planteó el Descubrimiento y la Conquista; para pasar a estudiar *La recepción novohispana de la tradición jurídica europea* y luego *Las Instituciones como instrumento didáctico en Nueva España*. Es esta una de las secciones más amplias y también interesantes del trabajo de la doctora Vargas. Nos traslada la investigadora a la Real y Pontificia Universidad de México, a su Facultad de Leyes, y con continuo apoyo documental podemos conocer cómo era y cómo funcionaba la Cátedra de Instituta, las oposiciones para llegar a ser su titular, el método de estudio, los textos utilizados, los exámenes de grado, las tesis.

Una última sección adelanta lo que la autora estima como una “fecunda veta por explorar”: el uso de las *Instituciones* en la práctica jurídica novohispana.

Cierra el volumen un Índice cronológico de los catedráticos de la Facultad de Leyes en el período estudiado.

Por varios conceptos estimamos muy valioso el trabajo que reseñamos. Hay que tomar en cuenta que, como la investigadora pudo comprobarlo, no había estudios dedicados a la tradición justiniana. Igualmente hay que considerar que parte importante de los documentos que contienen la historia colonial está escrita en latín, por lo que es plenamente justificado el juicio de la autora, cuando afirma que “pretender escribir la historia colonial sin conocer lo escrito en lengua latina, donde por supuesto también entra la literatura jurídica, significa perder un alto porcentaje de la información necesaria para reconstruir el *rompecabezas* de nuestro pasado inmediato”. En cierto modo, esto es también verdad respecto de los otros dominios españoles en América. Y el filólogo o el concurso del filólogo se hace muy valioso para el estudio de la historia colonial, y no sólo en el ámbito de lo jurídico.

M. Castillo Didier

HAKAN ALAN: CHURCHES IN TURKEY. PHOTOGRAPHY: ERDAD YAZIICI. EDITORIAL AS & 64 LIMITED, ESTAMBUL 2007, 402 PP., 424 IMÁGENES, 27 CM X 12,5.

Si considera el número de imágenes de este volumen y la calidad excelente de las fotografías que contiene, el lector no puede sino sorprenderse gratamente por el hecho de encontrar un libro sobre iglesias en Turquía, libro escrito e ilustrado por autores turcos. Pero después de terminar la fascinante lectura y la repetida mirada a cada una de las imágenes, el lector no puede sino sentirse embargado por la tristeza. La mayoría de los templos presentados o son ruinas o están vacíos para siempre, en camino a la inevitable destrucción que traen el desuso y el abandono. Y hay que considerar que esta presentación de iglesias en territorio turco no tiene en absoluto carácter exhaustivo.

Una parte de las ruinas se remontan a guerras anteriores al XV; pero otra gran parte de los templos destruidos, vacíos y abandonados llegaron a su condición actual en pleno siglo XX. Las hostilidades contra las minorías cristianas del Imperio Otomano, que en el caso de los armenios se habían iniciado a fines de la centuria anterior, empezaron a desatarse a poco de la revolución de los Jóvenes Turcos (1908). Luego, la política sistemática encaminada a la desaparición de esas minorías, que se impuso por el nacionalismo, llegó a conseguir el objetivo de tener una Turquía sólo para los turcos, terminando así con el carácter multiétnico y multicultural que tuvo el Imperio Otomano. En el caso de los griegos, el desastre bélico del Asia Menor y la Catástrofe de Esmirna (1922), y el intercambio de poblaciones entre Turquía y Grecia en 1923, significó el abandono del país por casi dos millones de personas. Si se agregan a ello los muertos de la guerra y los muertos en los “batallones de trabajo”, la masiva tragedia humana significó que quedaran vacías de cristianos ciudades, pueblos, escuelas, iglesias.

A todo lo anterior, se sumaron medidas sistemáticas encaminadas a terminar también con la minoría griega que permaneció en Estambul y las islas de Imbros y Tenedos, minoría que teóricamente quedaba bajo la protección de las garantías del Tratado de Lausana. La prohibición de ejercer determinadas profesiones y la suspensión de permisos para el comercio, en la década de 1930; el reclutamiento masivo de varones; un impuesto absolutamente confiscatorio, en la década de 1940; el gran progrom de septiembre de 1955; y, por último, las deportaciones masivas del país en los años 1962 y 1964 –aparte de otras medidas menores de hostigamiento– llegaron a la casi total desaparición de una

minoría de alrededor de 400 mil personas. En los años recientes, los “últimos griegos de Constantinopla” llegan a unos 1500, en su mayoría ancianos. De ahí que los más de 80 templos cristianos ortodoxos permanezcan desiertos y sólo de tarde en tarde pueda celebrarse una ceremonia religiosa en algunos de ellos.

El libro ofrece breves reseñas históricas explicativas, así como imágenes de algunas iglesias armenias, griegas, católicas, una búlgara y una anglicana en Estambul, y de algunos de los templos bizantinos, hoy mezquitas, como Fethiye Camii (Virgen Panmakáristos), Gül Camii (Santa Teodosia), Zeyrek Camii (Pantokrátor), Küçük Ayia Sofia (Santos Sergio y Baco), así como de las dos que son hoy museos (después de haber sido mezquitas por largos siglos): Santa Sofía y Jora.

Al dejar Estambul, el autor comienza la serie casi ininterrumpida de iglesias en ruinas o abandonadas, en las distintas localidades del país, algunas de las cuales florecieron bajo Bizancio y otras en las cuales hubo población cristiana hasta 1923 o hasta mediados del siglo XX: Bursa (Isnik), Adrianópolis (Edirne), Kidoniés (Ayvalik), Magnesia (Manusa), Esmirna (Izmir), Atalia (Antalya), Mersin, Antioquía (Antakya), Sinope (Sinop), Trebizonda (Trabzon). Al llegar en la lectura a esta última ciudad, es imposible no recordar al ilustre Besarión, que fue arzobispo allí antes de la Caída de Constantinopla; ni se puede dejar de pensar en el magno Monasterio de la Virgen de Sumelá (allí se encontró el primer manuscrito de la *Epopéya de Diyenís Akritas*) y el hermoso templo de Santa Sofía, éste entre las numerosas iglesias de la gran población cristiana que existió hasta 1923. Allí se ven las venerables ruinas de esos y otros edificios, vestigios del fecundo pasado de una sociedad multicultural desaparecida.

Un libro útil para quien se interesa por el vasto y rico patrimonio arquitectónico y artístico que crearon las minorías cristianas durante los siglos otomanos. Libro emocionante y entristecedor para quien considere no sólo la pérdida irreparable que para Turquía y para la humanidad significan la ruina y el abandono de los templos, sino también los terribles dramas humanos que quedan tras la pérdida por Turquía –pérdida sistemática y tenazmente buscada– del patrimonio humano que constituían las minorías cristianas. La Turquía pluralista y multicultural que pudo ser –y que no lo fue por decisión de sus dirigentes políticos– habría conservado vivo el patrimonio artístico que se vislumbra a través de las páginas de este volumen.

M. Castillo Didier

NICÉFORO BRIENIO: MATERIA DE HISTORIA. ESTUDIO PRELIMINAR, TRADUCCIÓN, NOTAS Y COMENTARIOS DE MA. SALUD BALDRICH LÓPEZ. CENTRO DE ESTUDIOS BIZANTINOS, NEOGRIEGOS Y CHIPRIOTAS, GRANADA 2012, 334 PP., 24 X 17 CM.

Este trabajo de Ma. Salud Baldrich pone a disposición de los estudiosos y del público general hispanohablante la obra de Nicéforo Briebio (1080-1137) *Hylē Historikas* Materia de Historia. El sujeto histórico de la obra de Brienio es Alejo I, pero las informaciones acerca de él llegan hasta el año 1079. La muerte del autor puso fin a su labor, por lo cual no alcanzó a “historiar” siquiera en parte su obra como emperador. Alejo ascendió al trono en 1081. Este Basileo será quien logre mejorar la situación del Imperio, afectado por la crisis económica; el caos político provocado por una serie de sublevaciones militares; y las graves consecuencias del desastre de Manzikert (1071).

El estudio de María Salud Baldrich está integrado por los siguientes capítulos: El autor y su vida, La obra, El marco histórico, Sumario de Materia de Historia, El pensamiento histórico de Nicéforo Brienio, Técnica narrativa, Referencias a la literatura griega antigua, La lengua, El manuscrito y sus ediciones. Se trata de un muy amplio y completo estudio de una fuente histórica importante para el período previo a la llegada al trono de Alejo I y de los cambios que en su reinado se operan en Bizancio. Especialmente interesante nos parece la sección dedicada al pensamiento histórico de Brienio, que, como es natural, sigue en lo esencial la concepción de los historiadores bizantinos de considerar como sujeto histórico la figura del emperador. Igualmente sigue el escritor la tendencia al encomio, aun cuando en el proemio declara expresamente que no se propone hacer encomio de Alejo. La figura de este se exalta, destacando sus cualidades de militar; su constancia, su audacia; valentía y carácter intrépido; su generosidad, sensatez y honradez; así como su sagacidad y su espíritu de previsión. Por estas y otras cualidades, Alejo es considerado por Brienio como un ejemplo a seguir.

Luego de la presentación bilingüe del texto de los cuatro libros y el proemio, la traductora entrega los Comentarios al texto, la Bibliografía, Cuadros genealógicos, y los Índices de nombres y lugares.

Imposible no destacar el mérito de este trabajo, resultado de una rigurosa investigación, que llena parte del vacío que existe en la bibliografía en lengua castellana respecto de los historiadores bizantinos. Del mismo modo, merece ser elogiada la iniciativa del Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada, que dirige el profesor Mosjos Morfakidis de publicar este trabajo en su serie de ediciones.

M. Castillo Didier.

LOUKÍA STEPHOU: DIE NEUGRIECHISCHE METAPHRASE VON STEPHANITES UND ICHNELATES DURCH THEODOSIOS ZYGOMALAS. NOTA EDITORIAL P.BÁDENAS DE LA PEÑA, INTRODUCCIÓN. NUEVA ROMA BIBLIOTHECA GRAECA ET LATINA Aevi Posterioris. CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS, MADRID 2011, 334 PP., 23 X 17 CM, 8 LÁMINAS.

Este volumen aparece como coedición entre el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Universitat Autònoma de Barcelona, la Universidad de Sevilla, la Universidad de León y la Universidad de Extremadura. Corresponde al N° 35 de la colección Nueva Roma, iniciada en 1996, serie editorial que ha hecho una muy valiosa y sólida contribución al conocimiento y difusión de textos griegos y latinos tardíos, medievales, humanísticos y modernos. La nueva etapa de esta colección que comienza con este tomo, ha surgido como una manera de asegurar la continuidad de esta importante tarea editorial, en vista de las dificultades de financiamiento causadas por la crisis económica europea.

La profesora Stephou presenta una edición crítica, con el correspondiente estudio de la versión neohelénica de la colección de fábulas orientales *Estefanites e Isnelates*, versión neogriega del *Calila y Dimna*. Como es sabido, el origen de los distintos textos en lenguas vernáculas europeas de aquella serie de cuentos, está en la recensión bizantina de Simeón Seth (siglo XI), que es una traducción del árabe. La versión de Teodoro Zigomalas, del siglo XVI, tiene importancia para la historia de la lengua neohelénica por su utilización del registro más coloquial de la lengua, frente al registro arcaizante, a veces extremadamente arcaizante de gran parte de la literatura bizantina.

La “Nota editorial” del profesor Pedro Bádenas de la Peña y la “Introducción del profesor Johannes Niehoff-Panagiotidis, dan cuenta de la importancia de la publicación de este texto y de las características del excelente trabajo de la profesora Stephou. Niehoff-Panagiotidis recuerda brevemente los problemas que presenta la distinción entre literatura bizantina y neohelénica y la implicancia que tiene la multisecular “diglosía” griega. Se refiere al método seguido por Stephou y examina los capítulos de su estudio que se refieren a este *speculum principis* oriental, que tenía versiones en persa, árabe, otomano e italiano, cuando Zigomalas emprendió su tarea, y que llegó a tener numerosas otras versiones en lenguas vernáculas europeas.

Sin duda quienes se interesan por la historia de la lengua griega agradecerán la aparición de este texto en esta excelente edición.

M. Castillo Didier.

FAIRBAIRN, DONALD: UNDERSTANDING LANGUAGE. A GUIDE FOR BEGINNING STUDENTS OF GREEK AND LATIN. THE CATHOLIC UNIVERSITY OF AMERICA PRESS. WASHINGTON, D.C. 2011. XXIV + 190 PP. ISBN 978-0-8132-1866-3.

Es inusual encontrar un libro que introduzca al estudio del latín y el griego sin contener las consabidas tablas de declinaciones y conjugaciones, listas de palabras con sus correspondientes traducciones a alguna lengua moderna, ejercicios de traducción, etc., pero es más inusual aun el intento de aproximarse a ambas lenguas sin recurrir de inmediato a una terminología lingüística que no por conocida de los especialistas deja de convertirse en no pocas ocasiones en un escollo gratuito para el estudiante. El trabajo del profesor Fairbairn no es pues una gramática descriptiva con ejercicios al estilo de la *Gramática Griega* de Berenguer, ni tampoco un curso diseñado para el (auto)aprendizaje de una lengua como lo es el *Reading Greek* de la JATC. Se trata, como su título lo señala, de una aproximación al lenguaje basado en la premisa de que distintas lenguas pueden expresar los mismos conceptos de distintas maneras y cuyo corpus de análisis proviene del latín y el griego, pues su fin último es proporcionar una comprensión del funcionamiento de estas dos lenguas.

Por ejemplo, Fairbairn introduce el estudio de los casos señalando que existen ocho tipos básicos de relaciones entre sustantivos en las lenguas indoeuropeas, las cuales corresponderían a otros tantos casos de una hipotética lengua “madre”. En lugar de presentar los cuadros completos con las desinencias casuales de todas las declinaciones para después pasar a enumerar los diferentes usos de cada caso y confiar toda esta información entregada *in abstracto* a la memoria del estudiante, se prioriza la descripción de la función para después llegar a las formas, i.e. el lector se encuentra en primer lugar con la explicación de las funciones (nominativa, acusativa, genitiva, etc.); en segundo lugar, con la distribución de dichas funciones en los casos latinos y griegos (e.g. la función instrumental se encuentra expresada por el dativo griego y por el dativo y ablativo latinos); y, por último, con los usos particulares de cada caso. Comprender el panorama general permite aprehender los detalles de una manera integral en lugar de procesarlos como hechos inconexos.

De esta manera, *Understanding Language* evita un enfoque igualmente indeseado: una comparación mal entendida de formas gramaticalmente distintas que refuerza la idea de que la propia lengua es la única manera de expresar ideas, o al menos la mejor. Hace algunos años esta concepción avalaba iniciar con un

“repaso” de la gramática de la lengua del estudiante, pero hoy en día, tras la deplorable desaparición de la gramática de los planes de enseñanza escolar, no hay ya nada que repasar. (Aun así, las consecuencias de estas erradas concepciones siguen llegando al público interesado en las lenguas clásicas: en sendas iniciaciones al latín y el griego, publicadas en nuestro medio no hace mucho, se comenzaba por la “declinación del castellano” –nominativo: la mesa; vocativo: ¡oh, mesa!; dativo: a/para la mesa, etc.– y lo que seguía era un creciente abismo entre la L1 y la L2 que sumía al estudiante en la confusión y la desesperanza). Resulta obvio que la idea de enseñar griego comenzando por enseñar gramática castellana, para después estudiar el griego desde las categorías del castellano, para finalmente estudiar griego en sus propios términos no puede sino agotar la paciencia de quienes anhelan el encuentro con las lenguas de Grecia y Roma.

Una máxima antigua aconsejaba evitar el exceso en todo y transitar por el camino medio entre los extremos. Los intentos de sobresimplificar el estudio de las lenguas clásicas “acercándolas” al estudiante no son, por lo tanto, los únicos peligros en los cuales se puede incurrir, pues no es menos pernicioso proporcionar más información de la adecuada para un principiante. Siguiendo con el plan trazado en las primeras páginas de su libro, Fairbairn tampoco intenta sobrecargar al lector con terminología específica, confesándose un *amateur* dedicado a su vocación por amor, un *studiosus*. En lugar de un texto escrito por un lingüista para lingüistas, se trata de una obra escrita por un especialista en los primeros siglos del cristianismo, pensando no solo en quienes desean dedicarse a los estudios clásicos como su principal interés, sino en los que deben conocer estas lenguas para estudiar otros temas.

Al abordar la morfología verbal se comienza definiendo las categorías correspondientes (aspecto, modo, voz, etc.) *traduciendo* los términos tradicionales, reconocidamente insatisfactorios, proporcionando de tal manera no otra terminología más que añadir a las de siglos de estudios gramaticales, sino un lenguaje transparente. Al tratar el aspecto, por ejemplo, distingue tres posibilidades: el de una acción completada, en curso o no especificada. Al igual que con la morfología nominal, se describen las maneras posibles en que un sistema podría funcionar para después interiorizarse de cómo realmente funciona, para lo cual se correlacionan las funciones verbales con las formas que adoptan en latín y griego, momento en el cual ya se ha presentado la terminología más comúnmente establecida. Por último, habiendo explicado cómo se comportan las formas nominales y verbales, se aplica el mismo esquema a la combinación de palabras, frases y cláusulas.

Aparte del acierto de lograr un acercamiento al fenómeno del lenguaje a la vez que se presentan las lenguas latina y griega y hacerlo de manera tal que sean apreciadas en sus propios términos, desde categorías que les son propias, el trabajo del profesor Fairbairn no deja de lado otros aspectos de una obra dedicada a quienes se inician en estos estudios. Pensando en ellos, la primera parte derriba algunos de los mitos más comunes respecto al lenguaje y las lenguas; ofrece algunas buenas razones para estudiar estas lenguas supuestamente “muertas”, entre ellas: (a) para poder leer la literatura antigua directamente, sin las carencias y los añadidos de las traducciones, con el añadido de poder aprehender, a través de la lengua, el esquema mental de los autores clásicos; (b) entrar en contacto con el mundo al interior del cual surgió la civilización greco-romana y la europea u occidental; y (c) enriquecer el conocimiento de la propia lengua, pensando principalmente en las lenguas indoeuropeas, pero también en todas aquellas que, aun exhibiendo otra tipología, deben lidiar con un vocabulario técnico en las humanidades y las ciencias provenientes de formantes griegos y latinos. Al concluir esta primera unidad, se analizan los elementos constituyentes de las lenguas, los tipos de palabras y las relaciones entre palabras y grupos de palabras. A partir de esta sección, cada una de las siguientes concluye con un apéndice que define los términos gramaticales usados. La segunda parte está dedicada a la morfología nominal; la tercera, a la verbal, y la cuarta, a las frases y cláusulas. La última sección de esta cuarta unidad está dedicada a ofrecer algunos consejos prácticos a la hora de leer en latín o griego.

En suma, *Understanding Language* es una obra que puede ser bienvenida por quienes desean iniciarse en el estudio del griego y el latín y/o en la morfosintaxis. En el caso de los primeros, y sin pretender de ninguna manera sustituir a los libros de texto, su valor principal está en constituir un excelente complemento para ellos y hacerlo respecto a ambas lenguas en lugar de solo una de ellas. Lo que se gana en amplitud se logra también en profundidad dada la semejanza entre sus patrones morfosintácticos y el que sus diferencias permitan percibir los diversos matices que cada una de ellas presenta.

Sergio González A.